

Número 8

Año I

El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

REDAGGIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID



15 céntimos

Ultimo retrato de D. Emilio Castelar

Fot. de Amador.



EL ALBUM DE MADRID

2 DE JUNIO DE 1899

CASTELAR

Hace ya una semana que se extinguió para siempre, en el oasis de ignorada huerta levantina, la voz sublime del egregio artifice de la palabra.

Por las venas del cuerpo dolorido de la patria, circuló la trágica frase; corrió luego de pueblo en pueblo; saltó la frontera, siguiendo el camino que Castelar había abierto con la fama de su géaio, y en todas partes repercutió el grito vibrante de España: ¡Ha muerto Castelar!

Palabras terribles. Eran queja y eran sollozo, eran lamentación y eran rezo. Salieron de los labios de España —la enlutada, la triste— arrancadas por el supremo dolor de verse sin el hijo insigne que la veneró con la absoluta veneración del asceta, y con la fe ardorosa del creyente meridional; que la cantó con el arte arrebatador de


su elocuencia divina. En cada sílaba, vibraba un sentimiento profundo. Era todo el Dolor, Palabras terribles. Las oía todo el mundo. Eran la noticia última del egregio artifice de la palabra, del político incorruptible, del escritor maravilloso, de aquel artista incomparable que había arrancado cien ovaciones, cien entusiasmos, cien lágrimas...

Todo el mundo culto ha rezado esa frase, porque por todo el mundo se había enseñoreado la gloria del cadáver de hoy.

...¿Qué importa, pues, el inaudito regateo de honores que para el cuerpo del ídolo, verificara alguien incapaz de sentir tanta grandeza?

En cada pecho tenía Castelar un trono, y la admiración del mundo entero se ha honrado con celebrar exequias á sus pies... Y envuelto en esa aureola de gloria, de respeto, de cariño, la Inmortalidad ha recogido en sus brazos al patricio ilustre, y desde aquel ignorado vergel, besado con el beso de oro de un sol levantino, ha elevado al genio hasta el sitial, desde donde verá prosternarse cien generaciones, conducidas hasta él de la mano de la Historia.

LA REDACCION



MARCHA TRIUNFAL

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
Ya viene oro y hierro el cortejo de los paladines!

Ya pasan debajo los arcos ornados de blancas minervas y martos,
Los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes,
Llevados por manos robustas de héroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra;
Y los timbaleros
Que el paso acompañan con ritmos marciales.—
Tal pasan los fieros guerreros,
Debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
Su canto sonoro,
Su calido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que riega de heroicos carmines
La tierra;
Los negros mastines,
Que azuza la Muerte, que rige la Guerra.

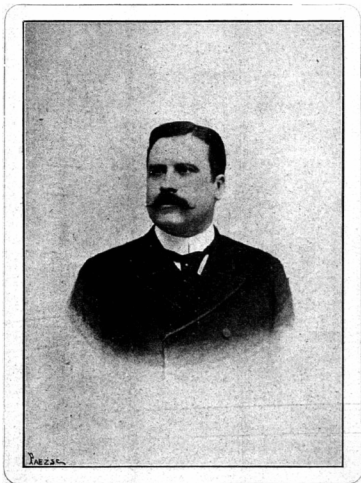
Los burdos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;

Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los cóndores llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo,
Señala el abuelo los héroes el niño—,
(Ved como la habla del viejo
Los bucles de oro circunda de armijo.)
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores.
Y bajo los pórticos véase sus rostros de rosa:
Y la más hermosa
Sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que tiene cautiva la extraña bandera;
Honor al herido y honor a los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera:
Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y laureos:—
Las viejas espadas de los granderos más fuertes que osos;
Hermanos de aquel es bueco que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan,
—A aquellas antiguas espadas,
A aque los listros aceros
Que encarnan las glorias pasadas:—
Y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas;
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del sue o matero,
Al que ha desafiado, cogido el acero y el arma en la mano,
Los cielos del rojo verano,
Eas nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha,
Y el odio y la muerte por ser por la patria inmortal
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
Triunfal.

RUBÉN DARÍO.



EXCMO. SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ VILLAVERDE

EL VASO DE AJENJO

A MELCHOR DE PALAU.

Con reflejos verdes,
en el vaso tiembla
el ajenjo, el grato licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas.
Brindemos. La dicha
en el fondo del vaso me capera,
mírala como riera
tras el irisado cristal de Bohemia.
¡Que limpio y qué verde! Mi vaso de ajenjo,
tiene los cambiantes y la transparencia
de las esmeraldas
y los resplandores de los ojos de ella.
¡De ella, de la dicha
que atractiva y tierna,
me fingió un crísis de vibrante ansia
y de amante penas!
¡Su recuerdo grato mi cansada y triste
juventud crea,
como errante brisa que del campo viene
de perfumadas llanas;
y en tropel, del alma
surgen los ensueños de la edad aquella,
como mariposas que en los troncos duermen
y que el sol despierta!
¡Oh, dulces recuerdos
de la adolescencia,
ya vuestros cantos
me parecen quejas!
¡Oh, dulces recuerdos, peñascos del bosque,
que entonces endechas
desde los ruidales
en las afloradas de la primavera;
volvedme a la vida
de las ilusiones y de las promesas;
que alumbren mi alma

los rayos ardientes del sol; que las selvas
respiren sus brisas cargadas de effusivos,
y cubren los troncos nidadas y yemas,
y cierren las tardes preñadas de sombras,
y se abran las noches enajadas de estrellas
y torno a mis brazos

aquella amorosa, gentil con pañeros! ...
¡Cuántas horizontes a mi vista se abren,
ante el limpio nectar,
que en el vaso ríe
tras el delicado cristal Bohemia!
¡Oh, vaso de ajenjo!
¡Cuántas veces! ¡Cuántas! Mi amargura intensa
se apagó en tus ondas,
en sus verdes ondas, límpidas y serenas!
¡Bohemia! La dicha
en el fondo del vaso me capera.
¡Brindemos alegres por los que combaten
y por los que floren y por los que sueñan!
.....
¡Oh, dulces momentos
de la adolescencia!
.....
¡Oh, ajenjo! ¡Oh, ardiente licor de los tristes,
de los soñadores y de los poetas!

COPLAS

Con una copa de vino
consuelo todas mis penas
como la copa me quiere
no encontré quien me quisiera!

.....
¡Mira si te quiero
que la rosa voy a,
se la he puesto a la virgen del Carmen
centro de la vida!

SALVADOR G. ANAYA.

La Tierra

¡Quién fuese como tú, Naturaleza,
cuanto más desgarra, más fecunda;
siempre, de lo que seca, o lo que inunda,
resurge más triunfante tu grandeza.

Cada golpe del hacha en tu firmeza,
de una hermosura nueva te circunda,
y mientras cada herida es más profunda
arrojas por tus tallos más bellera.
Haces de los gusanos mariposas,
del lodo inmundos cálices de rosa,
fruta del jugo, se la rama luciera...
¡Ella es Madre Inmortal que el bien ofrece;
y al ver lo grande de su amor, parece
la Tierra toda un corazón inmenso!

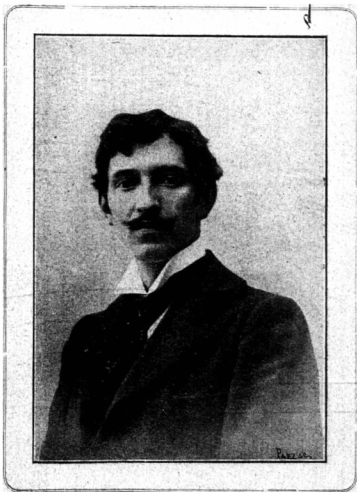
SALVADOR RUEDA.

PARA GREGORIO MARTINEZ SIERRA.

A UNA MUJER

Sobre el carro de luz de la victoria,
en vuelta en regia púrpura, te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro
por el bello campo de mi tierra.
Tu eres mi Dios; tu altar es mi memoria,
ante él, de himnos, sin cesar deliro
y son mis versos, si en tu amor me inspiro,
aureas campanas repicando a gloria.
Como en tu ser mi inspiración se encierra,
no temas olvidado. Altra goza
el perenne verbor de tus laureles,
que eternamente cruzas la tierra
mi oración llevando por cartago
y mis figuras versas por corceles.

FRANCISCO VILLALPESCA.



ENRIQUE GOMEZ CAFRILLO

CUENTOS DEL NORTE

EL PALACIO DE MÁRMOL ROSADO

Tilia y el Trovador salieron de la mansión que había sido asolada por el alma roja del caballero, y caminaron, cogidos de las manos, con los pies descalzos, sin hablar, como dos niños pobres que tuviesen mucho miedo.

Caminaron por la llanura, durante semanas enteras, caminaron durante largos meses, caminaron, caminaron. Y la llanura, siempre roja, siempre inmensa, se extendía ante sus ojos tranquilos.

Al fin una mañana, detuvieron en las márgenes de un lago cuyas aguas claras y pálidas, hacían pensar en un tejido de rayos de luna. Los cisnes de nieve y de ensueño, movían sus grandes alas con estremecimientos de plata, nadando hacia una barca de oro mate.

El Trovador y Tilia entrarán en la barca que comenzó a resbalar dulcemente y como por encanto sobre el agua, sin que remo alguno turbase la serenidad del lago.

Por la noche los amantes percibieron un parque maravilloso cuyos árboles, mecidos por el aire indolente, producían notas de ritmo melancólico y amiguo.

En la playa había una dama majestuosa, envuelta en un manto de púrpura constelado de estrellas de oro.

La barca se detuvo junto a la dama.

Y la dama dijo:

—Niños que así os aventuráis en el mar de la Quimera, decidme quienes sois y de donde venís.

—Venimos—repuso Tilia—del país de Campinia, en donde el alma roja del caballero, ha dado muerte á los hombres y ha incendiado las aldeas. Yo soy la reina Tilia, y este es mi Trovador.

La dama siguió hablando:

—Vosotros sois quizás los amantes de que habla la leyenda... Yo también soy reina... Soy la princesa desolada de la isla de Tule. En mi reino, todos los caballeros perecieron cuando mi padre arrojó la copa del amor, desde la almena de su castillo... Venid y veréis mi palacio de mármol rosado que tiene cien torreones de oro, y el parque misterioso que sirvió de alcoba al rey de Tule y á la reina de Bohemia... Venid... Bajo este sauce colosal reposan los restos de mi padre; bajo ese otro, los de mi madre, que fué más bella que la aurora; los caballeros fuertes bajo ese encino... Venid.

—Entraron en el palacio por tres puertas de marfil; subieron por tres escaleras de mármol y llegaron á los torreones de oro.

La princesa tomó asiento y dijo á los amantes pensativos:

—Cuando yo era joven y bella, tuve la cobarde ocurrencia de salvar la isla de Tule, seduciendo á los seis reyes que la sitiaban...

Luego contó:

—...Vinieron del país de Oriente para conquistar á Tule de las Brumas, seis reyes muy lindos, muy ricos, muy grandes, cuyos amplios mantos de seda ondulaban entre la niebla. Ante la ciudadela de cien torreones plantaron sus grandes espadas, jurando por sus seis dioses que el rey iba á morir y Tule á perder sus torreones, cuando el sol disipase la bruma. A media noche la princesa de Tule, envuelta en un velo de luna, fué al campo de los reyes enemigos conducida por el cisne immaculado, en las tinieblas de la noche; la princesa besó seis veces los ojos de los reyes extranjeros y acarició las seis frentes odiosas... Desde entonces, en las islas de las canciones, sólo hay reyes ciegos que caminan por el bosque llorando sin derramar lágrima alguna...

«Sí, mi padre me ha condenado á vagar sin descanso, durante cien años por la isla que carece de amor... Porque en esta isla no hay amor y todas las criaturas que aquí llegan deben renunciar para siempre á las caricias y á los besos y á los deseos. Si vuestros

labios murmuran: «te amo», si vuestros suspiros cantan: «te idolatro», el alma celosa de mi padre despierta bajo el sauce y cabalga rudamente sobre los cien torreones de oro.»

Tilia y el Trovador fueron conducidos misteriosamente á la sala de la torre donde el rey se había erguido muchos años antes para matar al Amor arrojando la copa de oro al fondo del lago.

Ambos estaban tristes.

Después de contemplarse con ojos de agonía, apoyáronse en la baranda de marmol rosa, y soñaron.

«... No amarse... ;Entonces por qué la noche acaricia al lago con ardor?... ;Por qué todo el palacio evoca, con las rosas de su marmol, el marmol tibio de las rosas humanas?... Sin duda la princesa augusta estaba loca... ;No es cierto, Tilia?... ;Trovador, no es cierto?...»

Al día siguiente, cuando la princesa entró en la gran torre vió á sus dos huéspedes convertidos en estatuas de marmol rosado.

E. GOMEZ CARRILLO

Impresiones de lecturas

CANTOS SIN ECO

González Anaya es uno de los jóvenes andaluces de más talento.

Yo no conocía de él más que algunos cantares y una composición muy breve y muy hermosa, titulada *Lúbrica*. *Cantos sin eco* es su primer libro, un libro juvenil, lleno de estrofas, sonoras, de versos delicadísimos; versos que, tienen para mí el especial atractivo de expresar sensaciones, presentimientos, deseos, todo lo que es hermoso y todo lo que es brillante y en los que hay besos como flores de esencia dulce, y miradas refulgentes como mariposas

de luz. *La sirena*, *Hora de amor* y *Al pie de la reja* son las más bellas poesías del libro. En todas las composiciones resplandece el sol de Andalucía, abrasador, implacable. Y yo al leer el libro veo una Andalucía luminosa, brillante, que no es la Andalucía soñada, con sus grandes torres y sus monumentos evocadores de tiempos antiguos; una Andalucía con el cielo siempre alegre y siempre azul, con vinos de oro, con mujeres de talles flexibles y coplas llenas de sentimiento. Se oyen voces de una zambra lejana y tras la reja, que tiene los hierros florecidos, una mujer de ojos negros ó azules, rubia ó morena, hablando de cosas irreales, suspira ó ríe, con voz dulce llena de misterios y sus palabras encantadoras, son su himno de enamorada, un himno la Amor.

BERNARDO C. DE CANDAMO.

El Soneto

Es copa de marfil, de un solo diente, con catorce facetas armoniosas, donde incrustan las piedras más preciosas como dientes que muerden suavemente.

Magnífico arco iris: Como un puente de azul, de oro, de esmeralda y rosas, sobre el mar infinito de las cosas tiende su arco soberbio y refulgente.

Como la flor del seto un gran jacinto radia en la cima; el cinturón cenecio de un cáliz; en el fondo vino tinto:

Y en la planta un amor, paje risueño de la reina ideal ¡Soberbio plinto que sustenta la estatua del ensueño!

MANUEL M. PINTO.





FILOMENA GARCIA



LUCRECIA ARANA

Diálogos fantásticos ⁽¹⁾

A Jacinto Benavente

I
[SURSUM CORDA!]

El Poeta

... ¡No puedo más! La tierra toda pesa sobre mi corazón... ¡Mi corazón!... Recuerdo días en que tuvo alas: alas tuvo también mi pensamiento; alas ligeras, alas diáfanas, alas potentes... Llevada por ellas, cerníose satisfecha y complacida mi fantasía loca, sobre mundos dorados, sobre azules atmósferas, sobre rosadas nubes... ¡Nubes de invierno cubren ahora mi empobrecido y limitado cielo! Nubes de invierno, que agrupándose en formas quiméricas, me cercan como legión de monstruos, y se amontonan, y se agrandan, y acumulan mole sobre mole, y acabarán por ahogarme bajo su terrible peso... «¡Animo!—me grita, á veces, dentro del alma, la voz que amaba yo en días mejores.—¡Animo! Son montañas de nubes; su forma es engañosa, su poder ilusorio. Rompe el frágil obstáculo y vuelat... ¡vuelat! Cuando el sol que te oculta, te acaricie de nuevo, renacerán tus alas... ¡Frágil obstáculo!...» Lo sé; pero ¿y la fuerza para romper su encanto; y el poder de quererlo, que me falta? «Si quieres, vencerás.» ¡Si quieres!... Voluntad mía ¿dónde te ocultas; por qué has huido? Yo no soy nada; pesa la tierra sobre mi pecho, pesan las nubes sobre mi alma, pesan los hielos sobre mi esfuerzo...

(1) De un libro inédito del joven y brillante escritor Sr. Martínez Sierra, autor del hermoso libro *El poema del Trabajo*. Por este diálogo y algunos otros que conocemos, esperamos que el libro próximo a publicarse será un libro verdaderamente artístico y encantador.—[N. de la R.]

La Naturaleza

¡Ven conmigo! Entra en mi reino... Siempre he sido tu amiga, tu amiga cariñosa, ¿no lo sabes? ¡No recuerdas las horas que pasaste reclinado en mis brazos? Ven: envueltas en la miel de mis caricias, te haré gustar suavisimas lecciones.

El Poeta

¡Sí! Préstame tu ayuda, tu dulce ayuda, tu auxilio amante... ¡Ojalá puedan, á tu voz, disiparse las nubes! ¡Ojalá pueda mi corazón volar de nuevo! ¡Ojalá pueda llegar á las radiantes lejanías que le deslumbra en horas de ensueño!.. Vámos... ¡Dulce maestra!

Las Plantas

Poeta, ¿sufres? ¿Te pesa la tierra, la tierra negra, la tierra fría? ¿Y la odias?.. Oye una historia: Hemos nacido en cuna florida, en cuna adrea, en cuna perfumada; tuvimos por amigas mariposas, perfumes por aliento. Se marchitó la cuna, cesó el rocío... ¡Enterradas! ¿Cómo pesa la tierra! Qué inabarcable, qué dura, qué insensible! ¡Enemiga! ¡Llegó la Primavera. ¿Qué ha pasado? Buscas la tierra negra... ¡Ya no es negra la tierra! Está vestida con vestidura regia, vestidura que ondula, que embalsama.— ¿Quién le ha dado á la tierra su manto de colores? Venganza de sus pobres prisioneras. ¡Dulce venganza! ¡Odias, poeta? Canta al enemigo. ¡Qué hermosa está la tierra revestida de flores!

El Sol

¡Las nubes! Te amedrentan las nubes... las nubes, y las honras con el nombre de obstáculos. ¡Cobarde! Yo amo á la tierra con amor de siglos, y cuanto cae la tarde, pongo en el postrer rayo que la envió mis más tiernas caricias. ¡Cuántas veces las montañas de nubes que hoy te abruman se oponen á mi paso! Pudiera deshacerlas, dispersarlas, y no lo hago. Mis ardientes rayos las ciñen y las doran con franja radiante, y contemplan los



hombres asombrados los soberbios palacios que fingen con mi ayuda. ¡Viste, viste las nubes que te estorban el paso, con el duro ropaje de tu Genio! ¡Alma cobarde la que tan sólo sabe ostentar esplendores en un cielo sereno; triste talento el que tan sólo acierta á embellecer la dicha!

El Lago

¿Me oyes, poeta? Nací muy alto... ¡allá en las cumbres, en las cumbres soberbias! Las nieves blancas fueron mis nodrizas. ¡Qué hermosa era la tierra vista desde allí arriba, qué hermosa! Yo pensé recojerla entera, y salté presuroso de mi nevada cuna, y me deslicé como plateada serpiente por la falda del monte. ¡Qué alegría! Cantaba entre guijarros, y me complacía en coronar con pomposas diademas de espuma, todas las salientes de mi camino... Mis aguas trazaron, en el terciopelo esmeralda del valle, argentadas grecas, y á mi paso brotaban en las orillas juncos floridos. Estaba en lo mejor de mi carrera: más allá de este valle estaba la llanura, la llanura que había contemplado al nacer; qué delicia sería recorrerla, espaciando las ondas entre frescos jardines y risueñas praderas. Yo soñé muchos días con llegar hasta ella, pero no pude: el valle tuvo celos, y me ha cerrado el paso con cerco impenetrable de granitos; y sin poder pasar más adelante, he formado este lago, este tranquilo lago, que parece, indolente, perderse sin deseos en regiones de calma. No lo creas: mis aguas no se agitan tumultuosas, pero en tenaz trabajo, minan el duro cerco que las impide el paso, esperando vencerlas con su caricia nunca interrumpida. ¿Conseguiré mi anhelo? Acaso nunca: la lucha es larga, la labor, titánica, acaso inútil mi empeñado esfuerzo: tal vez mis aguas dormirán siempre prisioneras del valle... Y podrían, furiosas, destruirle con iracundo esfuerzo... Pero prefiero devolver bien por mal á mi tirano, y tranquilo y sereno le ofrezco mi bruñida superficie, como espejo gigante, y me complazco en pintar sus bellezas en el cristal de mis aguas, y lo presto frescura

en el estilo, y alimento sus flores y sus pájaros, y recojo en mis ondas la sombra de sus árboles, meciciéndola entre cantos armoniosos, con caricia suave. ¡Viste la prisión de flores? Si has de ser prisionero ¡porque arrojar sobre los muros del encierro, la negra implacable del desconsuelo!

El Poeta

Naturaleza; amante inspiradora... ¡Sabios maestros tienes en tu reino!

La Naturaleza

¡Sabios maestros!.. Mi reino entero es lección viviente y vivificadora. Mira y escucha... Infinitas lenguas, de infinitos seres, con infinitos acentos, repiten á tu alma: ¡Sursum corda! Las cumbres de los montes se levantan erguidas y miran á los cielos, anhelando alcanzarlos; las plantas todas nacieron en la tierra, y, sin embargo, á los cielos se elevan; las que son fuertes, con soberbia arrogancia; las que son débiles, luchando decididas, se ensortijan, se abrazan á las ramas, se cuelgan á los troncos, pugnando por subir; las flores, ¡pobrecillas!, condenadas á perecer inmóviles, sin poder elevarse en vuelo rápido, envían á los cielos sus perfumes. Aspiración de su alma que querría subir envuelto en ellos. ¿Ves la columna de humo que sale de la hoguera? Nació en la tierra; la tierra le adora y le llama, imperiosa; él se desata de los dulces brazos, y luchando con ella, sube á los cielos en montón de volutas... ¡Sursum corda! Poeta: mira á lo alto, que sea tu alma aroma y nube de incienso: deja á tu cuerpo prisionero en la tierra... ¡pero sube! sube tranquilo, sube ligero, sube piadoso, sube y mira á la tierra desde lo alto, y la verás hermosa... ¡todo es hermoso mirado de lo alto!.. Dame la mano, sube conmigo, poeta... mi poeta, mi cantor siempre amado... y escucha: mi lección siempre amorosa... ¡Sursum corda!

G. MARTINEZ SIERRA



CAROLINA OTERO

Nuestros grabados

Enrique Gómez Carrillo.—Es el elegante croniqueur, el estilista brillante, el cuentista refinado y magnífico. Sus novelas parisienses son viciosas y enfermas como la juventud que las produce. Carrillo es el poeta de lo íntimo, el cisne melancólico de las horas muertas. Bonafoux y él son los sostenedores de la literatura hispano-americana en la vieja Lutecia. En Madrid se le quiere y se le envidia: le quieren los luchadores, los que combaten denodadamente en la brecha por el santo ideal; le envían los impotentes arrastrados en el *spoliarium*. En esta casa tiene el autor de *Almas y Cerebros* un templo y un altar; un templo para el compañero cariñoso y sincero, y un altar para el artista genial, soñador, empedernido, «jardinero fantasma, que cruza entre flores sin saber detenerse.»

Lucrecia Arana.—Es el alma del teatro de la Zarzuela. Todos admiran a la cantante, creadora de *La Viejecita* y a la mujer elegante y graciosa.

Filomena García.—Jóven, bella, artista de corazón, cantante concienzuda: el porvenir le pertenece. Los autores y músicos del teatro de la Zarzuela, pueden estar confiados en el éxito: difícilmente encontrarán una intérprete más esmerada.

Pilar Vidal.—Esta noche celebra su beneficio esta aplaudida actriz. El teatro de Apolo estará muy concurrido.

Carolina Otero.—Es una de las celebridades coreográficas más aplaudida. En París, con sus genialidades de artista, y sus incentivos de mujer apasionada, ha trastornado a la mayoría de los abonados á Folies Bergeres, y en más de una ocasión la sangre roja y tibia de la víctima voluntariamente inmolada para acallar sus rigores de diosa olímpica, ha cubierto de púrpura el marmol blanco de las mesas de la *Morgue*. Carolina es una atávica de la Roma decadente y fastuosa; si las leyes no lo impidiesen cruzaría, al morir la tarde, la avenida del Bosque, vestida de Aurora, sobre un carro de marfil y oro, arrastrado por una cuadrilla de efebos voluptuosos y desnudos. O como Cleopatra surcaría las ondas en un trirreme recamado de púrpura, sin otra túnica que la formada por sus cabellos ondulantes, al caer sobre sus hombros de alabastro. Más de una vez los tribunales intervinieron en sus locuras; pero Friné humilló á sus jueces con la hermosura deslumbrante de su desnudez pagana.

D. Raimundo Fernández Villaverde.—El actual Ministro de Hacienda es uno de los pocos políticos que han salvado su nombre en esta *debacle*. Dada su laboriosidad y su entusiasmo, mucho puede esperar de él este desdichado país.

ASPIRACIÓN

[Mi madre y tú! Con amoroso anhelo vuestros dos nombres sin cesar repito, y de esos nombres al calor bendito surge en el alma bienhechor consuelo.

En mis tétricas horas de hondo duelo y cuando en brazos del dolor me agito, siempre oiréis vuestros nombres en el grito que arranca al corazón el desconsuelo.

Viviré del dichoso con la palma, si llevo á verte con mi madre unida en mi modesto hogar, en santa calma.

[Mi madre y tú! ¡mi aspiración cumplida! ¡los dos grandes resortes de mi alma! ¡los dos grandes amores de mi vida!

FRANCISCO AQUINO

JUDAS

Lahos en que Dios puso la caricia fueron usados para hacer traiciones, y, cediendo al gémir de las pasiones, sellaron con su beso la injusticia.

La turba humana á la tumbada propicia, siguió del *Mt. Apolot* las lecciones, y aun hoy, después de tantas convulsiones, es pasto la virtud de la uvaricia.

Después de nos mil años de progreso, aún se escarade la muerte bajo un beso y triunfa el interés de la inocencia; y aún, en esta atmósfera que ahoga, arbol la vida, la codicia azoga. Judas el hombre y Cristo la conciencia.

R. CARLOS J. CATARINEU.



Botín de naufragio.

Me llevó a la casa una revuelta oscura de la bohemia, y lo digo orgulloso de mí mismo, sentí más aquellas penas que la mía.

Era un rincón maldito, creado por la quinta esencia del préstamo, un hacinamiento colorista y lujoso de cien ruinas trágicas, una barredura impía en no se cuantos hogares despoblados.

Y el frío de muerte que reinaba ya en aquellas casas desiertas, y los sueños de oro de muchos amores y las angustias infinitas de ignoradas historias, vivían con vida extravagante en aquellas notas de terciopelo, en aquellas caricias de raso, en las rosas barrocas y arrogantes de un busto de mujer, en risueños geniecillos de bronce y de plata en flujos de rías macabras, en estatuas azules, infantiles, graciosas.

No lo vi todo; sobre aquel torbellino de tonos pinterescos, de armas, de cuadros, de jarrones floridos; sobre aquellas lunas blancas que habían retratado cielos diáfanos y alegres, flotaba el perfume de muchas vidas, y la huella impalpable de mis ilusiones muertas; era como la displicente lectura de multitud de epítetos de letras quebradas y borrosas; como arañazos dejados en la piedra por un ansia perdurable de recuerdos...

Viviendo la extrema existencia de todo aquello, una fotografía con marco de *peñete* colgaba debajo de un pierrot, un bufoncillo ebrio y trancesco, que hacía equilibrios con un cucurrucho de papel en las narices.

En la fotografía ví más que en ningún objeto la sensación fugaz y dolorosa que lo llenaba todo, era un bonito grupo de colegiales, un grupo adorable, lanzando una algarabía de carcajadas frescas en aquel antro de sórdidas codicias.

Las sonreían con veinte cabezitas traviesas, inocentes de alegría; y me miraban con el albrío y la rara fijeza de la fotografía, de ese momento vital, intensamente humano.

¿Quiénes eran? ¿Por qué no me contaban sus historias? ¿Cuántas habían apremiado con un puntillón de su zapato la caída de aquellas opulencias destrozadas? Porque era de ellas de donde debió venir el dolor, el dolor con rostro de lirio blanco y alma de besos y de oraciones.

Yo lo ví entonces; en presencia de aquella niñez sorprendida, de la que no quedaba para mí otra cosa que vestigio encantador de un retrato sin nombres, pesaron relampagueantes por mis ojos notas fugaces de trajes, de flores, de bocas...

Perfumes de mujer, crujidos de raso, aleteos de abanicos vibrantes; ecos de palabras, de celos, de suplicas, de alfileres; gemidos de moribundas y besos de desposada, arrullos de madre y carcajadas de buscantes locos;... algo en fin, que me hacía respirar en la existencia de todas con una brumosa molicie de terror y de amargura.

Sí, vivían delante de mí; reinaba un tumulto de clase una zambra de gorgoros en la reducida extensión de la cartulina; vivían ideas sonrojas, manos inquietas, ojos brillantes, cabelleras sueltas grupos de cabezas, produciéndose la visión de un coro de ángeles, asomando sus rostros vivaces por la paleta de un artista.

Volvían a la existencia, desmenuando el lapso brillante y luminoso de sus historias; y otra vez estaban allí arrastrando sillas, crugiendo zapaticos, contando fábulas a media voz con tonillo romántico, fábulas de amores, de lujos, de oro:

—¡Erase que se era un rey!—Suspiró la narradora, para dar solemnidad a la leyenda y para acordarse de lo que seguía; quebró una platada hebra de hiln con sus dientes de ratilla, y continuó:

—Pues, hijas: este rey tenía dos coches y además cuarenta palacios; digo, no; dos mil millones de palacios... y además un caballito encantado que andaba veinte leguas con cada pata, y además...

¡Oh, no había falta tanto! El detalle de las veinte leguas hizo que se arrastraran todas las sillas y que reinara en el corro un interés tan profundo que ya lo hubieran querido tal muchos autores dramáticos.

Pero la narradora se aturdió con este movimiento y de golpe escaparon de su cabezota de alondra todas las imágenes de la fábula; añadió todas las princesas con su agujón de oro clavado en la cabeza; añadió el castillo encantado con techo de esmeralda, y los enanos con justillo de brocado y los caballeros con armadura de diamante y las brujas con un fierro azul sobre la frente...

No; ese cuento espléndido no ha pasado nunca de ahí en este grupo; vagan aun por las fantasmas de las niñas como miriada de espequeas arales, con el nimbo misterioso de los sueños de Navidad.

Però en este otro grupo el mismo cuento danza y brilla con ropaje de estrofas más humanas; porque aquí están las mayores, las lindas bordadoras que se fatigan con el calor de la tarde y se ríen sobre el bastidor hablando de cosas gravísimas... Niñas pulidas, forecitas delindas y do-lientes, rostros terros como el raso, frentes con la divina blancura de lo imaculado, gargantas con tintas de jasmín nubes y senos virginales comovidos como sensitivos.

Aquí tiene el cuento encantado color de suños, de piropos, de pro-

veetillos, de hojas de nardo disecadas en los libros de doctrina, presentes de bizarros amadores medio bachilleros, porque para este grupo el «caballero» de armadura diamantina estudia segundo año de latín, y en el infame castillo de los encantamientos se comen abominables garbanzos todas las tardes á la misma hora...

Pero es el mismo cuento: ¿quién lo queda? no ha cambiado más que de nombre; transformación sublimine, tránsito triunfante de la falda corta á la larga enaguilla, de la estampa de Santa Teresa al cromo de «No me olvides» de niña que se deja besar locamente, á hembra que sonríe, que se asusta de sus ojeras, que aprende á jugar la boca y se pone jazmines en el seno y cintas de raso en la garganta.

Por lo demás, el dicho es cuento, conserva su espíritu de misterios, su laminar de maravillas y el sublime terror de sus promesas.



¶ No formaré guirnalda con frescas flores
ni con flotantes tules haré doseles;
no buscaré en la aurora vivos fulgores
ni en el vergel florido rojos claveles.



¶ No he de pedir al ritmo sonos vibrantes
ni á la apacible brisa blandos arrullos;
no querré de lenguaje frases amantes
ni del mar trasparente dulces murmullos.



¶ Desdénalo la blancura del niveo encaje
y del sol fecundante la luz ardiente;
no he de robar al ave rico plumaje
ni al vendabul farioso su voz rugiente.



¶ ¿Para qué, si es en vano que la poesía
mil encantos reuna con noble anhelo?
Tú sola lo eres todo: luz y armonía,
perfección en la tierra, musa en el cielo.

L. ANEIRO PAZOS

CANTARES

El agua sobró en la fuente
cuando tú la despreciabas:
ahora que vienes sediento
no hay una gota de agua!



La constancia y los amores
van en trenes que se cruzan,
y saludándose pasan,
pero no se acercan nunca.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR



Perdónala, corazón,
que en el mundo los traidores
todos mueren á traición.



Y con todo esto, que es esencia y sangre de nuestra vida, se ha des-
paramado por el mundo esta legión de ángeles soñadores; y luego ha
semebrado la tierra de discretos apartos, de nidos ignorados, de oásis
venturosos; y después ha huido de repente el encantado caballito, se ha
extinguido en una noche sin término el lucero escote de la bruja, y ma-
nos brutales han barrido implacablemente los restos del naufragio.

Y aquí están, extraños, deslizados, contemplados, notas de terciopelo
y caricias de raso, figuritas graciosas y hojarasca de flores; derram-
bamientos de muchas almas y aquarelas de muchas alegrías muertas.

ADOLFO LUNA.

Nadie lo creyera,
nadie lo pensara
que tantas maldades pudieran hacerse
¡con aquella cara!

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

ADVERTENCIA

La correspondencia literaria debe diri-
girse á la calle del Marqués de Santa Ana
número 29, donde queda desde esta fecha
instalada la Redacción de EL ALBUM.

El pago exclusivo de la venta de EL AL-
bum, en Madrid, Fidencio Isar, Puerta del Sol,
n.º 14.

Impreso con tintas de la fábrica de Ch. Lori-
lleux y Compañía, Santa Engracia, 14.

IMP. PATICULAR DE EL ALBUM DE MADRID,
VILLANUEVA, 17.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Dirección y Administración: Villanueva, 17, Madrid

Redacción literaria: Marqués de Santa Ana, núm. 29

Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

